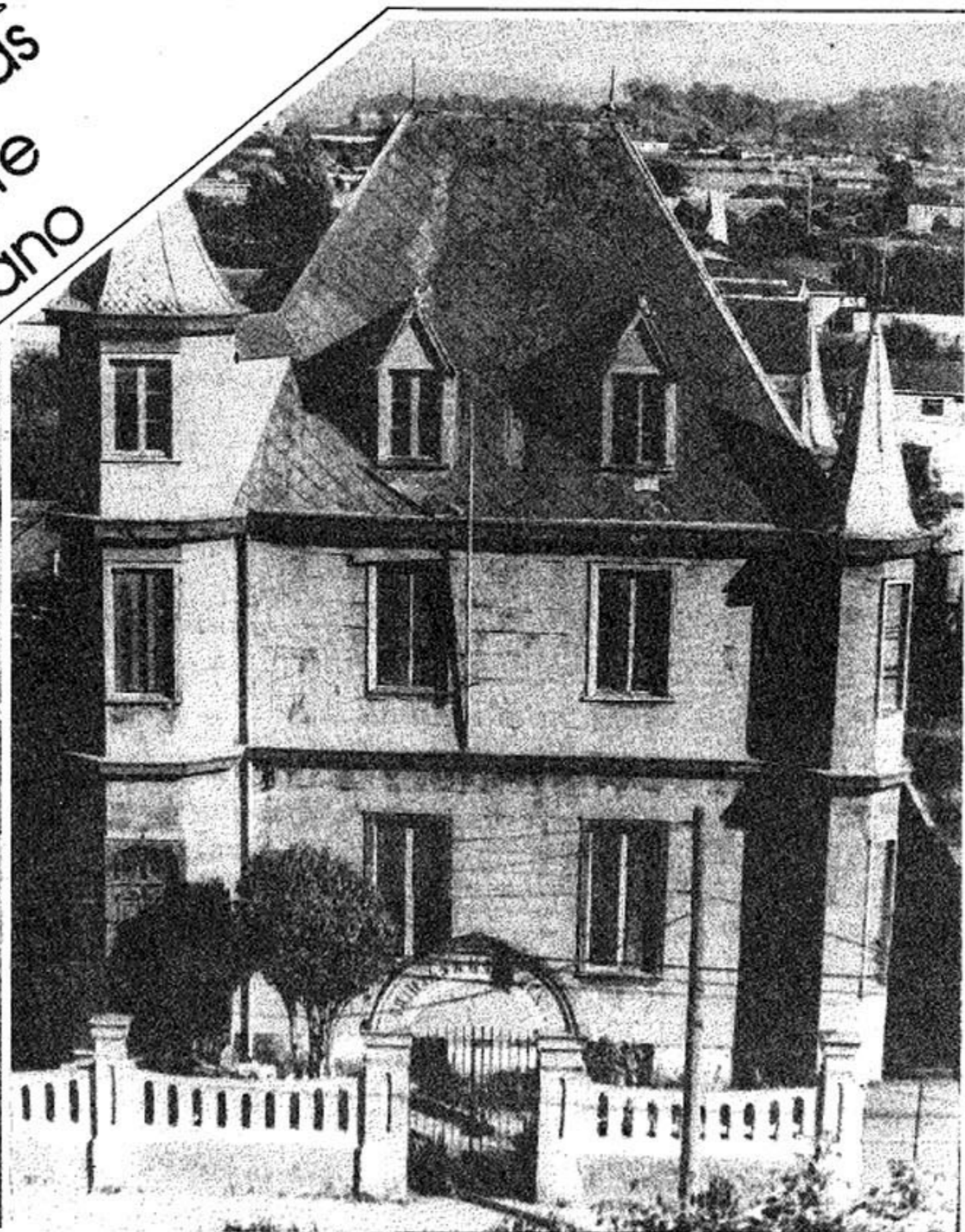


Las casas-quintas de San Vicente en Talcahuano



Castillo del Diablo. San Vicente. Talcahuano

San Vicente tiene identidad propia y un honroso patrimonio arquitectónico. De larga historia y glorioso pasado, ha sido espacio testimonial de cambiantes actividades.

Muy anterior a la fundación de Talcahuano, sus orígenes se pierden en los tiempos coloniales, donde sirvió de embarcadero para naves españolas. Era considerado, ya en esos años, puerto de importancia nacional. A comienzos del siglo XVII ya se planeaba aquí un canal de unión con la actual bahía de Talcahuano, en ese entonces despoblada. Luego, principiando el siglo XVIII, alojó una próspera colonia de comerciantes y marinos franceses que aquí almacenaban las mercaderías traídas de Europa y China.

Con la fundación de Talcahuano, en 1764, se instaló en San Vicente la industria de astilleros, que prosperó hasta fines del siglo XIX. En esta floreciente época del puerto -fines del siglo XIX y comienzos del actual- San Vicente empieza a cobrar fama, no por sus industrias ni por su puerto, sino por un bien reputado balneario. En efecto, desde fines del siglo pasado y hasta bien entrado el actual, San Vicente se desarrolló como centro turístico y residencial. Las playas, parques y el hermoso paisaje atraían a

gran cantidad de familias regionales, e incluso de la capital, que hacían aquí sus vacaciones y descanso. Había lujosos hoteles como La Gloria o el San Vicente, este último con canchas de tenis y bellos jardines.

San Vicente, en esa época, fue un importante centro de vida social en la región. Parques, paseos, vertientes y una avenida Latorre adoquinada y limpia por donde era expedito el acceso de los "carros de sangre", hacían atractivo al puerto como segundo lugar residencial de familias adineradas. Existieron aquí casas de veraneo pertenecientes a familias oriundas de Santiago, como la del presidente Pedro Montt, y otras de la zona central. Proliferaron entonces las casas-quintas, con bien cuidados jardines y parques. Recogían con sus estilos pretéritos las europeizadas imágenes arquitectónicas en boga en esos mismos tiempos.

EL "CASTILLO DEL DIABLO"

Hoy, claro, todo esto pertenece al pasado.

El progreso portuario e industrial que luego se apoderó violentamente de la zona, sumado a la aparición de nuevos balnearios hacia el norte de la bahía de Talcahuano, transformaron esta situación inicial. Esto y el

desmesurado crecimiento poblacional, relacionado con las nuevas actividades industriales, fueron paulatinamente deteriorando el prestigio recreacional de San Vicente. Perdió sus encantos naturales para pasar a ser un enclave industrial y puerto de exportación.

Actualmente es un sector urbano en una situación bastante confusa: hay actividades industriales y de exportación, todo se ve deteriorado y el lugar tremendamente contaminado. Sin embargo, de su historia anterior aún conserva huellas. Las señoriales "casas-quintas" en madera de fines de siglo pasado y comienzos del actual se resisten estoicamente a desaparecer del todo, pese al paso trepidante de los acontecimientos y, por supuesto, también de los terremotos. Como símbolo de pasados esplendores se yerguen como hitos entre construcciones más rústicas y recientes, soportando dignamente los crueles rasgos de decrepitud y las evidentes huellas del abandono.

De entré las que hoy se conservan, la más singular y pintoresca es la conocida como el "castillo del diablo". De antigua data y tenebroso aspecto, parece sacada de algún cuento de E. Allan Poe. En efecto, desde hace casi un siglo infunde temor y respeto entre lugareños y afuerinos, que le achacan toda suerte de misteriosas historias.

De magnificante y engañosa presencia, está construida en madera pero enchapada con planchas zincadas importadas; es en realidad un castillo miniaturizado y bastante inofensivo. Nada en él resulta "racional" y "lógico" como las pretendidas características tecnológicas de la seriación masiva y funcional de las construcciones de la arquitectura moderna posterior. Sus miradores - baños, las sobresalientes torres asimétricas y su señorial entrada en diagonal, junto con sus techos bávaros, por cierto la resaltan decididamente del entorno. Su artificiosa formalidad exterior se internaliza en una ingeniosa distribución de recintos que van creando insólitos espacios, engalonados con finas maderas y señoriales escaleras y balaustradas. Es un espléndido castillo de juguete pero a escala natural. Su larga permanencia en Talcahuano lo ha hecho parte de nuestra memoria urbana. En este momento todavía es fácil rescatarlo para que vuelva a ser un elemento vivo del patrimonio urbano del puerto de San Vicente. Es importante, entonces, sacarlo del olvido y del abandono asignándole un uso social adecuado. Se podría restaurar dotándolo de la antigua y noble ornamentación que aún es posible adivinar en la techumbre.